

“ Acto de despedida ”

A los alumnos del Curso Curricular 2002

Dr. Marcelo Torino

Coordinador Docente Unidad Docente Hospitalaria Ramos Mejía

Estamos reunidos en esta ya clásica aula de Cardiología para celebrar un acto académico, solemne y jubiloso. La despedida de nuestros alumnos de la Experiencia Curricular de Enseñanza Integrada 1997-2002 que finalizaron y aprobaron el IAR la semana pasada y, consecuentemente, se graduaron.

La “tradición docente” de este hospital, su labor como Escuela de Medicina que se remonta al siglo XIX y las prestigiosas figuras que por aquí pasaron dando brillo a la Universidad Argentina, le otorgan al acto que nos convoca una auténtica seriedad y academicismo.

La ceremonia es, a la vez, jubilosa. Para ello basta observar el rostro de los familiares de los recién graduados que miran a ellos con amor y con afecto pero, al mismo tiempo, con admiración y con respeto por el logro alcanzado.

Finalmente, han obtenido el ansiado título de médico. Han llegado a una meta. Pero llegar no es detenerse. Ya están prontos para volver a partir y continuar con la maravillosa aventura de la existencia humana.

Hoy es un día de fiesta, pero también de compromiso, de responsabilidad y válido para algunas reflexiones.

Decía Hipócrates de Cos, quien desde hace 2500 años señala el camino de la medicina con el talento del genio griego, y quien consideraba a los maestros casi como a los padres de sus discípulos que para ser Médico cabal se requiere ser hombre bueno y perito.

El progreso científico y tecnológico del siglo XX resultó único y, hasta ahora, sin precedentes en la historia de la humanidad.

Es fácil entender que, en medio de este creciente desarrollo de la ciencia y de la tecnología, los conocimientos adquiridos hoy rápidamente quedan desactualizados.

Algunas verdades de hoy dejarán de serlo en el futuro cercano. Por lo tanto, debemos constituirnos en una suerte de estudiantes perpetuos en donde el trabajo intelectual ya ha dejado de ser una obligación o una carga para transformarse más bien en una actividad cautivante y (aprender a aprender).

El maestro Alberto Agrest en su reciente libro “Mas reflexiones inexactas de un observador médico” dice que en Medicina solo deben enseñarse solo dos cosas: “ ética y enseñar a aprender ”, porque en el médico “el aprendizaje continuo ” es una responsabilidad y una obligación ética y moral y debe constituir casi un “Estado de Animo”.

A partir de este momento el mayor compromiso y responsabilidad profesional que deben asumir es para con el principal sujeto de nuestros cuidados: el paciente; con toda su jerarquía y dignidad del ser humano aún incrementados por el dolor, el sufrimiento, las penurias, y la angustia de la enfermedad.

Pronto deberán establecer cotidianamente su relación con el paciente. Estarán solos, frente a frente, si la relación y la empatía se establece serán los custodios de lo más importante que tiene el ser humano: su vida y su salud. Esta tarea debe llevarse a cabo sin estridencias, con simpleza y dignidad.

Cuenta González Balado en su libro “El Sari y la Cruz ” que la madre Teresa de Calcuta, antes de tener la certeza de su vocación de misionera preguntó a su confesor: ¿ cómo sabré que Dios me llama y a qué me llama?. El contestó “lo sabrás por tu felicidad interior”.

Si son felices interiormente con su trabajo, a pesar del sacrificio que requerirá en ocasiones, ello será la prueba de su vocación .Les deseo que sientan esa felicidad.

Durante el camino de la profesión surgirán muchas tentaciones que pueden alterar la empatía y el vínculo con el paciente.

Al igual que Ulyses, el odisea, rey de Itaca, quien a su regreso de la guerra de Troya y navegando cercano a las costas de la Magna Grecia se hizo atar al mástil de su embarcación para poder resistir la tentación del subyugante canto de las sirenas, del mismo modo, resistan estoicamente esas tentaciones y luchan incansablemente contra ellas, en especial, en aquellas horas de descreimiento que todos pasamos.

Desde siempre hemos pretendido que la enseñanza impartida, más allá del tono académico correspondiente, adopte un rumbo profundamente ético y humanístico, por entender que la ética y el humanismo son dos requisitos insoslayables para el ejercicio profesional.

Descendemos de pueblos latinos que, histórica y culturalmente acreditan vocación de grandeza (tales como Italia y España) y, en este sentido, no suele faltar el talento y la imaginación. Pero sí solemos adolecer de continuidad, perseverancia, paciencia, vocación de esfuerzo y sacrificio, motivo por el cual

insistimos en impartir estos aspectos tan importantes o más que los primeros para el ejercicio de la actividad profesional.

Debemos recordar que, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad, lo que ha enaltecido a la Medicina no es solo la ciencia y conocimientos que acredita el profesional actuante, ni siquiera la tecnología de la que dispone sino un aspecto “tribal”, esa relación casi mágica que se establece entre los hombres y que permite comprender, acompañar y, a veces, aliviar cuando llega el inexorable día del dolor y de la pena.

En esta ceremonia de despedida siempre citamos a Buber, cuyas palabras no por reiteradas resultan menos significativas.

Corrían los primeros años de la década del 40, en pleno holocausto universal y demostrando una amplitud intelectual y una grandeza de espíritu casi única, el Filósofo Judío Martín Buber desde la Universidad de Jerusalén desde el corazón mismo de la ciudad de David, decía:

“ El reino del hombre no se encuentra en el estrecho y angustioso territorio del Yo ni en el abstracto dominio de la colectividad. Ni el individualismo ni el colectivismo son verdaderas soluciones humanas ”.

El primero no ve a la sociedad en su conjunto, y el segundo no suele respetar los derechos individuales.

El verdadero reino del hombre transita por aquella tierra intermedia, tierra de profetas y de nadie le llamaba Raúl Scalabrini Ortiz, en donde suele acontecer el amor, la amistad, la comprensión, el atender las razones del prójimo, la compasión y la piedad.

Compasión, piedad y solidaridad: palabras casi olvidadas en esta actual sociedad globalizada en que nos ha tocado vivir que, como médicos reemplados en nuestro espíritu, debemos intentar rescatar.

Toda Universidad tiene una “ función social ” y debe cumplir con tres objetivos fundamentales:

- I- Crear conocimiento (a través de la investigación)
- II- Difundirlos al educando (docencia)
- III- Transmitirlos a la comunidad toda (extensión)

Una Universidad que no investiga, no es tal. Será un instituto de investigación terciaria pero No una Universidad cabal.

Vale la pena leer un párrafo escrito de la década del 40 por un científico Argentino:

“ Y, sobre todo y ante todo, debe formar a los hombres más sobresalientes de la sociedad, por su cultura general y por su preparación que se distinguan

por su manera acertada de hallar, plantear y resolver los problemas, por su aptitud de comprender y su capacidad de obrar, por su amor y respeto por todo lo que es bello y elevado, y por su ferviente anhelo de contribuir al bienestar de sus conciudadanos.

Una democracia no es verdadera si las posiciones dirigentes no son ocupadas por los más capaces y rectos y si van a manos de corruptores, demagogos o audaces improvisadores ”.

(Ponencia en el “Congreso del Profesorado Argentino (Buenos Aires, Noviembre de 1940) Prof. Dr. Bernardo Alberto Houssay. Premio Nobel de Medicina 1947 y modelo emblemático de la ciencia Argentina).
Transcurrirá el tiempo, pasarán los años y podrán abandonar la profesión, cambiarla, o retirarse de la actividad, pero su “Condición de Universitario” será eterna, “su condición de Universitario” será infinita, en tanto y en cuanto mantengan y no abandonen esa actitud que hace a la esencia misma del “ ser Universitario”.

Actitud caracterizada por:

- I- La búsqueda incesante de la verdad.
- II- Por dejar de lado todo “dogmatismo” o “ideologismo” que comprometa nuestra imparcialidad ética y académica.
- III- Por intentar ampliar permanentemente el “haber cultural” propio y ajeno. Respetar todo lo que es bello y todo lo que dignifique los valores humanos.
- IV- Por acreditar un espíritu amplio, generoso y abierto que permita aceptar los cambios que inexorablemente vendrán

Actitud caracterizada también:

- V- Por inculcar el espíritu democrático, el deber del servicio social y el amor a la libertad intelectual

Deseo fervorosamente que no olviden a la Facultad de Medicina ni a la Universidad de Buenos Aires que es un todo indisoluble, más allá de las coyunturas circunstanciales.

Una Universidad que todo lo da sin pedir nada a cambio.

No se desvinculen. Intégrense como docentes o como Graduados, sean electores o candidatos, pero adquieran protagonismo y participación.

Recuerden las palabras de la Madre Teresa de Calcuta:

...” No esperen a los líderes, háganlo por sí mismos, persona a persona”....

En este aspecto el maestro “ Aráoz Alfaro ”, nos dejó unos conceptos por demás elocuentes:

“ El Médico verdadero, el se llene el alma de tal, el que se interese por el dolor y la miseria de la sociedad en que vive, no puede prescindir de ser un sociólogo, no puede prescindir de ser un político en la acepción mas noble de la palabra, no puede prescindir de ocuparse de la cosa pública ”.

Hago votos para que continúen formando parte integrante de ella. Hago votos para que, desde el lugar que el destino le asigne a cada uno, continúen trabajando en esta casa.

Es una manera solidaria de retribuir a la sociedad parte de aquello que nos ha dado.

Finalmente, no quiero demorarlos más, les deseo a todos y cada uno de uds. La mejor de las venturas en el plan personal y el mayor de los éxitos en el campo profesional, los felicito por haber elegido a la más noble y la más humilde de las ciencias y de las artes como es la profesión médica a la cual acaban de ingresar. Les deseo, también, que en el ejercicio de la actividad profesional sientan esa felicidad interior de la que hablaba aquel confesor y, como decía Hipócrates en su milenario juramento: Si cumplieran íntegramente el compromiso que puedan gozar plenamente de su vida y disfrutar de perenne estima entre los hombres.

Muchas gracias.

Discurso del Dr. Ricardo A. Rezzónico
Director del Hospital

Jóvenes graduados. Rompo el orden formal de las presentaciones y saludos y me dirijo en primer término a Ustedes, porque hoy es vuestro día y son nuestros homenajeados.

Padres, madres y hermanos que, seguramente, en altísimo grado habéis contribuido a este acontecimiento que celebramos.
Profesores titulados y maestros reconocidos como tales por los discípulos que hoy emprenden un nuevo camino.

Amigos y amigas de nuestra comunidad hospitalaria.

Cuenta la mitología que Esculapio, dios de la Medicina, preguntó a su hijo: ¿Quieres ser médico hijo mío? . Sabe que aspiración es ésta de un alma generosa y de un espíritu ávido de ciencia.
Insistió, ¿has pensado bien en lo que ha de ser tu vida? vida de alma.
Alma de médico.

Alma de almas será la de Ustedes, concertada y compleja, dinámica y movimentada, ansiosa de solidaridad y sedienta de humanas comunicaciones, porque muchas almas forman el alma del médico, pero el alma del médico es una y manifiesta. Y el médico la tiene porque sin ella no puede ejercer su oficio, que no es el arte de curar, o el de saber de las enfermedades, o el diagnosticar y medicar, sino el de transcurrir como amigo sapiente, entre las gentes enfermas, es decir gentes en trance de dolencia, en estado de crisis, en categoría de minoración.

Tal situación los obligará a un ejercicio doble y simultáneo; tendrán que poner toda su ciencia en contemplar la enfermedad desde el punto de vista médico y tendrán que poner toda su penetración en contemplar la situación desde el punto de vista del enfermo. Luego, inmediatamente, tendrán que poner toda su conciencia para que ambos puntos de vista se hagan compatibles en la práctica, acuerdo que a veces es imposible. Por eso unas veces curas es convencer y otras curar es solo acompañar.

Realizarse como médico significa el inexorable cumplimiento de una misión libremente elegida y aceptada gozosamente en sus satisfacciones y

amarguras. Significa dar el alma. Pero para dar el alma hay que tenerla, y lo suficientemente rica y renaciente, como para que crezca al entregarla y se desagote sin agotarse.

La vocación médica es una vocación de inquietud, al armarse caballero de Esculapio se hace voto de desasosiego, juramento de malestar y promesa de intranquilidad; desde ese día el clima moral y el clima de su moral se caracterizará por zozobra.

Hoy se incorporan a un género de actividad que los pone en íntimo contacto con los hombres, imponiéndoles la tremenda prueba de descender cotidianamente al infierno de la vida del hombre, de la mujer y del niño y al infierno mutuo que suelen constituir las asociaciones de hombres, de mujeres y niños. Solo si se entiende esto, podrá darse gracias cuando al volver cada jornada de esas profundidades se sientan dichosos de que su cuerpo haga sombra sobre el suelo.

Pasarán a formar parte de una inmensa y unimismada fratría universal que los médicos constituimos, más allá de las fronteras e idiomas; nadie hay que como el médico, busque tan de continuo el contacto con sus similares de oficio para cambiar ideas, conocer detalles, completar noticias, inquirir novedades, cotejar experiencias, demandar orientaciones exhibir resultado, absorber impresiones, trocar técnicas e instrumentos, conocer hombres, penetrar ambientes, debatir conceptos, buscar críticas, imponer ideas, afinar conocimientos o ajustar nociones. Y esto no les será ajeno de ahora en más.

Faure escribe “ Es nuestra vida de médico, una vida apasionada y perturbada, durante la cual no tenemos siquiera un solo instante de absoluta quietud moral. La agitación viene de afuera; el ser que sufre es desconsiderado, imperioso, invasor. La medida de su reclamo no es la de la enfermedad o sufrimiento reales, es la del miedo primitivo, la del terror elemental, la del egoísmo simple y en estado naciente, que no se detiene ante el descanso, ni ante la soledad, ni ante la intimidad del médico. Quien encuentra respetable y natural que un gerente de banco no reciba porque está almorzando, halla monstruoso que el médico haga lo mismo, no tanto porque el reclamante lo necesite de veras, sino porque ejerce el derecho de necesitarlo en la medida del derecho, no de la necesidad.

Como médicos necesitarán un alma templada frente a una potencial injusticia, requerirán resolución exacta e inmediata para que la gente no perciba en ustedes dudas que serían como percibir la grieta del muro en que se apoyan, y deberán ser aplomados para decir lo que deben pero no lo que piensan, por lo que su alma quedará llena de potenciales problemas y de cargadas incertidumbres.

El alma del médico no conoce el descansar completo, su preocupación va con él adonde quiera y el reclamo del sufriente lo alcanza donde se encuentre, porque no trabaja de médico, sino que es médico. La medicina ejercida no es oficio, es un estado como el matrimonio o el sacerdocio.

Cuando todo el mundo tiene derecho a hacerse a un lado, el médico no lo tiene, se ve puesto en el centro de la escena siendo el que tiene más completa conciencia de su impotencia de su impotencia. ¡ Haga algo doctor ! es la frase más absurda y más conmovedora que tiene que oír y que tiene que absorber con ecuánime gesto, con sereno talante y aún con impasible filosofía. Que hasta le está negado por regla regular de profesión, desahogar su inquietud y su emoción como cualquiera.

Deberán ser ecuánimes, entiendo que la ecuanimidad es un esfuerzo moral, no un movimiento del espíritu. Carecerán del derecho a una actitud natural y espontánea ante el prójimo; le estará tan prohibido sentir antipatía por su cliente como lo está al juez prevaricar.

No deberán juzgar ni sentenciar, no les estará permitido el reproche ni les será lícita la recriminación, su más alta misión será comprender aquello que su sensibilidad de humanos se niegan a comprender, y sobre todo a respetar aquello que aparece como indigno de respeto. Porque para el médico, el asesino enfermo es enfermo, el ladrón enfermo es enfermo, el corrupto enfermo un enfermo y nunca ni un asesino, ni un ladrón, ni un corrupto.

“ El malhechor tendrá tanto derecho a tu asistencia como el hombre honrado; prolongarás vidas nefastas y el secreto de tu profesión te prohibirá develar crímenes de los que has sido testigo ”, le revela Esculapio a su hijo.

¿ Es, entonces, la del médico una actitud heroica ? Si por héroe hemos de entender a quien acomete, sin interés personal e inmediato empresas desproporcionadas a la medida humana común no hay duda que el médico tiene un alma heroica. Frente a un caso perdido razona como un médico: “no se puede salvar”, y actúa como una madre: “no se tiene que morir”.

Si una enfermedad produce estadísticamente el 98% de muertes, ustedes se empeñarán en encontrar el 2% favorable y se entregarán a ello con una tenacidad absurda y admirable.

“ Ser médico, escribe terminantemente Orgaz, es postergar lo propio desde la familia y las ambiciones propia, postergar al cuerpo y al alma de uno mismo. Todo lo nuestro nos es ajeno. Damos las esperanzas que nos faltan. Prodigamos los cuidados que más de una vez necesitamos. Nos tragamos la angustia que muchos no sienten y nos sobra ”. Brindamos a manos llenas lo que no tenemos para nosotros mismos y nuestro tesoro aumenta a medida que se gasta.

Esculapio una vez más le cuenta a su hijo: “ Tendrás que renunciar a tu vida privada, tu puerta quedará abierta siempre a todos, a toda hora del día y de noche vendrán a turbar tu descanso, ya no te pertenecerás ”.

El alma del médico es apenas el alma de una persona. Por lo tanto, ningún médico puede valer más de lo que vale como persona, ni significar más de lo que significa como persona. Por eso, y sin lugar a disputa alguna, ustedes serán más buenos médicos cuanto mejor sean como personas.

Un médico temeroso, logrero o servil, lanzado en el camino de la prebenda y del favor, produce un efecto inmediato y fatal; la sociedad lo descalifica como médico y casi nunca se puede regresar al íntegro ejercicio de la profesión.

Roto el hombre, está roto el médico, y cuando algo se ha roto es fácil saber de que estaba hecho en su interior.

¿ Por qué la profesión empieza con un juramento que es el propio tiempo un rito y un compromiso ?. Porque por sobre la profesión, la medicina es un estado. Sin el juramento, la profesión es un oficio técnico, con él es una función social establecida por encima de los reglamentos y códigos y

asentada en el mundo moral de sus propios ejecutores. Se puede pertenecer al cuerpo médico, pero solo pertenecen a la clase médica quienes aceptan ante lo sagrado de su propia conciencia y sin más apelación que a ella misma, un “status” diferencial de base ética.

¿ Qué dice al fin de cuentas el famoso juramento ? Cuatro puntos se definen claramente en él:

Primero, agradecer a los maestros la enseñanza recibida, y construir con ellos y con los suyos una familia intelectual. Segundo, poner todas las cosas al beneficio del enfermo como lo básico del ejercicio profesional. Tercero, guardar una moralidad y una vida profesional intachables. Cuarto, respetar de modo absoluto, sin dudas ni vacilaciones, el secreto médico.

Ha llegado casi el momento. En el umbral de la profesión un ser humano, en plena juventud como ustedes, contrae un compromiso sagrado por lo que se sujeta a una conducta cuyo fin no es gozar de beneficio, holgura o privilegio alguno, sino por el contrario dar a quienes se acerquen a él la máxima garantía moral de que serán servidos y tratados con seriedad técnica absoluta, plena discreción, total integridad convivencial y entera seguridad personal.

¿ Qué se reserva para sí el juramentado ? Nada y todo. Nada en lo material. Todo en lo moral y en lo espiritual.

Vuestro futuro hogar no está ajeno a esta vocación. El hogar no es, no puede ser, un recinto estático y convenido, sino una porción dinámica en función. El hogar es y debe ser una parte distinta del resto de la existencia y es justo y natural que el hombre pretenda encontrar en él sino una quietud perfecta, por lo menos una inquietud tónica y diferente que tenga como ingredientes la esperanza, la solidaridad y la ternura.

El abogado, el ingeniero, el químico, el empleado, pueden separar a poco que lo quieran su vida íntima de su vida profesional; el hijo de un catedrático puede tener de su padre una referencia más o menos exacta de lo que hace, pero es imposible que transcurra su infancia sin ver a su progenitor en el ejercicio de su trabajo.

Para Ustedes tal situación les será imposible, la profesión se les meterá en su casa de mil maneras y por un problema de irradiación funcional, toda

familia de un médico es “una familia de médico”, marcada por la impronta galénica y por la vida que hace en lo que a tal condición corresponde.

La profesión médica es una actividad humana de altísimo signo que confronta problemas bajísimos. Solo puede sobrellevarla con aplomo y dignidad el hombre visiblemente integrado y psicológicamente equilibrado, que solamente curará cuando pueda darse a sus pacientes de un modo pleno y radiante. Para darse hay que sentirse dueño y señor de sí mismo, y eso les exigirá una intensa vida espiritual, no necesariamente sinónimo de religiosa.

El menester médico marca a quien lo ejerce de un modo definitivo y trascendente. Esa trascendencia no se limita al mundo técnico del conocimiento y del misterio, ni al mundo del enfermo y desvalido; lleva su vibración y su sentido a cuanto, como la familia integra la existencia del hombre, de esa persona que al llegar a ser médico se hizo misionero del bien entre los hombres en trance de dolor.

Concluye Esculapio: “ Si indiferente a la fortuna y a los placeres de la juventud, si sabiendo que te verás solo entre las fieras humanas, tienes un alma bastante estoica para satisfacerse con el deber cumplido sin ilusiones, si te juzgas bien pagado con la dicha de una madre, con la cara que sonrío porque ya no padece, o con la paz de un moribundo a quien le ocultas la llegada de su muerte, si ansías conocer, penetrar todo lo trágico del destino del hombre. Entonces sí... ¡ Hazte médico, hijo mío !.

Les deseo la mayor de la ventura en lo personal, en lo familiar y en lo profesional. Que allí donde sea que estén ejerciendo guarden en su memoria como honra y homenaje la imagen de este Hospital Público más que centenario, de cuyas aulas salieron cientos de glorias de la medicina argentina.

Sean fieles a este mandato y ejerzan vuestra profesión con esa conciencia de pasión sin la cual ni la nuestra, ni profesión alguna, merece ser vivida.

Alumno Dr. Mario Hernán Díaz

Según cuentan sus mozos, bajo las mesas del bar Quitapenas se encuentra la entrada a una biblioteca centenaria. El simple acto de respirar su humedad concede sabiduría y lucidez. Lo cierto es que los alumnos frecuentan la biblioteca ante la duda, el desconcierto o la imposibilidad de abonar una café con leche. Docentes incrédulos han creído por años que la excesiva presencia de los alumnos en dicho bar se debía más bien a la simple y llana vagancia. Pero se equivocaban, ciertos espíritus insaciables fingen rotaciones en el extranjero con el único fin de permanecer largas estadías en el lugar.

El último mes de cada año los estudiantes descienden a ella y, ocupando su larga mesa discuten día tras día el contenido del discurso final. Cabe aclarar que esto suele producir una falsa sensación de inasistencia, pero esto también es una equivocación. Diciembre finalmente llegó y descendimos. Nadie sabe cuanto tiempo pasamos sentados en aquella mesa, respirando y respirando aquella milagrosa humedad hasta que surgió la primera idea, incluso no fue nuestra, *Lo difícil siempre es empezar*, comentó Lord Byron desde la sección más polvorizada de la biblioteca. Si bien se mira, era una acotación tranquilizadora hasta que alguno razonó que el tal Byron llevaba siglos de muerto y que, por definición los muertos no suelen andar con apuro. *Lento pero viene/ el futuro se acerca despacio/ pero viene* decía Mario Benedetti mientras se desprecaba en otra sección de la biblioteca. ¿Lento? Nuestra desaprobación fue instantánea.

La inspiración no nos acompañaba, así pasó la primera hoja tachada, una segunda hacha un bollo, vinieron una tercera y una décima. Cada intento frustrado, aumentaba el enojo y el desorden. Hojas en la mesa, hojas en el piso. En poco tiempo, la vieja sala parecía nevada. Finalmente alguien encontró una metáfora. La blanca compañía, la nieve que cae silenciosa, inadvertida. Era una imagen perfecta. Tomando la palabra argumentó que de alguna manera llegar a este punto es descubrirnos emblanquecidos por esa suerte de nieve que han sido nuestras familias. Innumerables cuotas de aliento, de ojos observadores que no pierden sus esperanzas, de ciertas alegrías silenciosas y de la inquebrantable paciencia que todo lo eso era sin pedir, y muchas veces sin recibir. Indudablemente, continuó, que esta instancia final es el resultado de un enorme esfuerzo personal, pero esto solo ha sido posible porque detrás nuestro existen otros sacrificios mayores que, sin ser percibidos, nos han aligerado, no han suavizado a lo largo del camino. Los privilegios de la cultura y del nacimiento imponen al que los disfruta una lealtad ejemplar para consigo mismo, y sobre todo para los demás. En sus muy diversas formas, entonces, nuestro

reconocimiento retrospectivo y nuestra gratitud presente y creciente hacia nuestras familias.

Mientras la humedad rendía sus primeros frutos, la voz grave y pausada de Benedetti completó *Lento pero viene/ el futuro real/ el mismo que inventamos/ nosotros y el azar/ cada vez más nosotros/ y menos el azar...* los dos últimos versos silenciaron la sala; *cada vez más nosotros/ y menos el azar...* el eco se fue perdiendo lentamente y fue reemplazado por un galopante dum-tac, dum-tac, dum-tac ; el espanto se dibujó en los rostros ante la repentina taquicardia inducida por eco. Toda clase de ademanes se produjeron en ese momento: aspirinas masticadas y convenientemente tragadas, alguien se masajeaba el cuello con la esperanza de darle al seno carotídeo. El de la punta izquierda se desplomó sobre un libro. El que estaba a su lado afirmó escuchar un rufutatá, pero no obtuvo consenso. De pronto levantó la cabeza. Ahí está, se escuchó: síncope eco inducido, pero no, solo tenía sueño. Es gracioso ver a un médico queriendo trascender por describir un signo.

Sin embargo, dijo quien recién dormía, también los signos invisibles trascienden. La hipótesis resultaba tentadora. Continuó: los dioses regalan a los aztecas las estrellas para orientarse por las noches. A cambio piden que ciertos hombres sacrifiquen sus vidas para convertirse en esos luceros. Sucedió que todos querían ser estrellas, de manera que muchos hombres eligieron apagarse para que otros puedan brillar... La docencia es para los hombres capaces de estos gestos de grandeza y humildad. Capaces de renunciar a salvaciones solitarias, eligen cultivar en los otros. Así es, agregó Sarmiento desde su cuadro, *“ la educación es un terreno fértil sometido a los climas más ingratos ”* el problema es que los terrenos fértiles rinden sus frutos al cabo de los años, los climas ingratos caen sobre el presente. En esta lucha viven talentos anónimos en la espera de que tarde o temprano, algunas de sus semillas se conviertan en estrellas.

Uno que recién llegaba juraba que en el tercer estante un libro se movía, en un precario español Víctor Hugo alcanzó a decir: *“ Se hacen muchas grandes acciones en las pequeñas luchas. Hay muchas intrepideces obstinadas e ignoradas que se defienden palmo a palmo en la sombra contra la invasión fatal de las necesidades. Nobles y misterioso triunfo que ninguna mirada ve, que ninguna fama paga, que ninguna fanfarria saluda. La vida, la desgracia, la soledad, el abandono, la pobreza, son campos de batalla que tienen sus héroes; héroes oscuros algunas veces más grandes que los héroes ilustres ”*. Ninguno se atrevió a comentar la frase, quizá para no arruinarla. Siguieron unos minutos de silencio. Cada uno reconoció con el pensamiento aquellos hombres de los que hablaba V. Hugo. En ocasionales miradas puede advertirse la admiración que incomoda a quien la merece. Nuestro homenaje firme y silencioso también está

dirigido a nuestros docentes: a las constantes estrellas que brillan y a las innumerables sombras que siembran.

A docentes habituales, a los ocasionales a los docentes involuntarios. Médicos de años, médicos residentes, personal de enfermería, y a esos cómplices insobornables: la gente de secretaría. Docentes todos, a pesar de los climas y a pesar de las recompensas.

¿Recompensas? Interrogó Borges desde un ajado volumen verde. Permítanme imaginar una verdadera: “*Si Ud.- y señaló al que regresaba del baño- **atravesara el paraíso en un sueño, y le dieran una flor como muestra de que ha estado allí. Y si al despertar encontrara esa flor en la mano-** hizo una pausa- **¿entonces qué?**”.* El acento final enmudeció la sala, solo una mosca zumbaba en el aire. “*Entonces-* respondió Borges- ***el sueño es como la primavera, regala flores***”. Sorprendida la mosca se estrelló en una telaraña. Pero ¿qué es un sueño?- preguntó con agudeza uno creyendo ser Sócrates. “*El sueño-* introdujo José Ingenieros- ***es el mejor logro del pensamiento. Cuando este alcanza a desarrollarse, nacen espontáneamente. Los sueños se anticipan al futuro. Lo imaginan posible, perfecto, palpable***”. Unas carcajadas provenían de un gran espejo, la imagen reflejada era la nuestra. En el futuro nos reíamos de nuestros sueños. Un zapato hizo pedazos el espejo. Quien lo arrojara advirtió que nadie se reiría de sus sueños. Por lo bajo, se deslizó la verdad: en el futuro él era pelado.

Superando el exabrupto José Ingenieros continuó “*Los sueños no tienen que ser verdades, son solo creencias. Influyan en las conductas en la medida en que son creídas. Todo sueño es un ideal, una fe indestructible en la posibilidad de la perfección*”.

¿Y dónde están los sueños de nuestros padres?, preguntaba el futuro pelado mientras se acomodaba el zapato. Con el corazón en las manos, Benedetti aclaró; “*Yo he soñado los sueños de sus padres, nuestra imaginación veía un futuro mejor*”. Ha ¿sí? – increpó el mismo futuro pelado, zapato en mano- ¿y qué eficacia han tenido esos sueños? “*La eficacia de los pequeños milagros*”- y Benedetti lloró- “*Ustedes son los sueños de sus padres.-ustedes pequeños milagros obligan a esperar a los otros, los grandes milagros. Aquellos que ustedes soñarán. Será suya la esperanza indestructible de un mañana venturoso*”.

Como en un abrazo final José Ingenieros Agregó “*toda juventud es inquieta. El impulso hacia lo mejor solo puede esperarse de ella. Solo hay juventud en los que trabajan con entusiasmo por el porvenir, pues nada se puede esperar de aquellos hombres que entran a la vida sin afiebrarse por un ideal. A los que*

nunca fueron jóvenes les parece inadecuada toda utopía. Y no se nace joven: hay que adquirir la juventud. Y sin un ideal no se la adquiere.”

La exhortación final quedó flotando en el aire, cada retina captó una última mirada. Una imprevista epidemia de bostezos azotó la sala, silbidos bajitos, nudillos que buscaban algún ritmo en la mesa. Un acorde inicial llamó la atención. A Zitarrosa nos saludó, o nos despidió. La guitarra empezó bajito con un candombe oriental, la acústica era excelente, su voz potente retumbaba en nuestros oídos. Mientras tocaba, el hombre clavó la mirada en nosotros y dijo: Esta canción es la necesidad de aferrarme a la tierra al fin, de que te veas en mí, de que me vea en ti. Pero cada uno tenía su visión propia: unos vieron su familia actual, otros la familia futura. Algunos juraban haber visto a Hipócrates. Otros, con lágrimas en los ojos han visto un jardín en primavera, y a lo lejos creyeron reconocer la patria.

Mientras tanto Zitarrosa cantaba:

“Crecen/ los mejores amores/ crecen desde el pie/
para sus colores/ las flores crecen desde el pie.
Crece desde el pie/ la mañana crece desde el pie
el sonido de la campana crece desde el pie/
no olvides que el día y a al hora/ crecen desde el pie
después de la noche/ la aurora crece desde el pie.
Crece desde el pueblo/ el futuro crece desde el pie
un poco de fe/ y los tambores pueden florecer.”

El baile acompañaba el recorrido circular de un improvisado trencito, los tibios pasos de candombe evidenciaban una desastrosa coordinación. El baile continuó por horas y horas... Nadie sabe en que momento ni por qué, la extensa reunión concluyó. Tal vez porque era trece de diciembre. Sin embargo, el discurso nunca llegó a escribirse. Tan solo ha sobrevivido un boceto final. Uno que imaginaba un discurso simple y agradecido. Uno que dirá que siempre lo difícil es empezar, que los caminos los recorre uno por sí mismo, pero para los demás, que en este camino conviene reconocer la ayuda inmensurables de los sacrificios ajenos, y que esto exige de cierta contemplación; dirá también que solo siendo fieles a nuestros sueños honramos el pasado y que el futuro lo enfrentamos con actos y con coraje, o no lo enfrentaremos.

Una de las acepciones posibles de la palabra discurso es espacio, duración, tiempo. Dejaremos entonces que este discurso se escriba con el tiempo. Solamente, les hemos mostrado los diferentes bocetos que hemos sido por estos años. Esto no ha sido más que una maniobra de distracción, para agradecerles aquello que a diario no podemos. Ha sido una excusa

para convidarles con nuestra alegría y para que, a falta de fuegos artificiales, nosotros (mis compañeros, devenidos repentinamente en colegas, y yo) los homenajemos a Uds. Con este aplauso.

Elija un lugar húmedo y respire. Prohíba la entrada de albañiles y plomeros./ Apague la Televisión, desenchufe la radio, arroje el diario a la basura. Todo su contenido será olvidado mañana. Ud. necesita recordar./ Recuerde que Ud. fue niño, y que ciertas sorpresas lo alegraron. Recuerde que la credulidad aborrece los manoseos. Haga memoria: sus sueños infantiles eran deseados, pero a veces daban miedo. Recuerde que, aunque borrosos, Ud. creía en ciertos sueños. Vamos, no lo niegue: de los momentos de espanto también lo alejaban sus añorados besos. / Recuerde que Ud. ha crecido. Recuérdelo Ud. también abuelo. Recoja pronto ese sueño que se le ha caído. Mírelo de frente. No sea tímido./ Ahora, respire de nuevo. Separe las bagatelas de la alegría, respire de nuevo. Ya puede leer lo que sigue.

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del caos y las pesadillas
de la ajada miseria y de los miserables
de las ausencias breves y las definitivas.

Defender la alegría como un tributo
defenderla del pasmo y de las anestias
de los poco neutrales y los muchos neutrones
de los graves diagnósticos y de las escopetas.

Defender la alegría como un estandarte
defenderla del rayo y la melancolía
de los males endémicos y de los académicos
del rufián caballero y del oportunista.

Defender la alegría como una certidumbre
defenderla a pesar de Dios y de la muerte
de los parcos suicidas y de los homicidas
y del dolor de estar absurdamente alegres.

Defender la alegría como algo inevitable
defenderla del mar y de las lágrimas tibias
de las buenas costumbres y de los apellidos
del azar también
también de la alegría.

M.B.